

Trenes, mochilas y un pincho te tortilla

(Aquel increíble Interrail del 99)

Os sitúo, era el 15 de septiembre de 1999. El euro aún era una moneda utópica, los teléfonos móviles tenían del tamaño de un zueco y para viajar necesitabas enseñar el pasaporte en cada territorio europeo que pisabas. Mi amigo Félix Cabanas - alias *Fiz* - y yo, compañeros de la carrera de Periodismo, decidimos embarcarnos en la odisea del *Interrail*. Una travesía popular entre los jóvenes de la época que suponía una mezcla de supervivencia y diversión; de sudores y sonrisas; y viajar a lomos de un único transporte: el tren.

Treinta días surcando las venas del viejo continente a través de los raíles que conectaban ciudades, países, terrenos por explorar, experiencias por vivir.

Armados con macutos, botas, esterillas y, sobre todo, ganas de aventura, emprendimos el que sería el viaje de nuestra vida. O eso era lo que no dejábamos de repetirnos. Ilusión y miedo a partes iguales. Los destinos eran inciertos, saldrían sobre la marcha, así lo convenimos. Nosotros trazaríamos el mapa en cada zancada.

Nos montamos en el primer tren en la *Estación de Atocha* dirección Burdeos. Las ansias iniciales se dejaban sentir en cada mirada fugaz por la ventanilla. Panoramas que volaban ante nuestros ojos, deseosos de descubrir nuevas experiencias. Aquel primer viaje en tren pasó rápido, apenas pudimos permanecer sentados, nuestras piernas nos movían de un vagón a otro. Cuando nos quisimos dar cuenta ya estábamos en la estación *Bordeaux-Sant Jean*. Debían ser las ocho de la tarde. Noche y fresco. Daba igual. De ahí fuimos a la Comuna de Arcachon. Tras mucho caminar y sin albergue en el que hospedarnos acabamos montando la tienda de campaña – aquella que el gallego portaba en su espalda – en lo que creímos inicialmente eran las entrañas profundas de un bosque deshabitado. A la mañana siguiente unas voces en francés nos descubrieron que, pese a nuestras creencias aventureras, habíamos clavado la tienda en el césped de una urbanización privada.

Sus ceños fruncidos y sus gritos de protesta, así como las escobas que algunos blandían con ánimo partirlas en nuestro espinazo, nos hicieron desmontar la casa portátil con una velocidad sólo vista en trabajadores nipones.

Tras una soleada jornada en la bahía acariciada por el Atlántico, nos subimos en un nuevo tren con destino a Lyon vía Montpellier. Eran muchas horas, pero el entusiasmo seguía intacto, y los parajes del *sud-de-France* (Avignon, Valence, Orange...) componían un óleo de tonos impresionistas. En ese momento pensé que viajar en tren era como visitar a toda velocidad un museo que cambia constantemente de exposición. Dependía, como los grandes maestros, de la luz y la naturaleza del momento concreto. El pensamiento se esfumó en el túnel.

Una vez en la estación *Lyon-Part-Dieu* caminamos al albergue, soltamos los bártulos, cogimos un mapa y dispusimos nuestros pies para recorrer la ciudad bañada por los ríos Ródano y Saona. Tras varias horas invertidas en respirar cada rincón de la antigua capital gala – pude arrastrar a Fiz al *Museo Lumière* en el barrio de Monplaisir para saciar así mis ansias cinéfilas -, terminamos viendo la puesta del sol desde las alturas de la *Basílica de Notre-Dame de Fourvière*. Un fabuloso homenaje para la vista, y un merecido descanso para nuestros tobillos errantes. Y la noche nos abrazó. Y nos dejamos abrazar. Había falta de cariño, por lo visto...

Cogimos el siguiente tren a las 07:35. Por la ventanilla se alejaba Francia y en el horizonte se respiraba nuestra próxima parada: Suiza. El traqueteo nos mantuvo despiertos, así como los cuatro cafés que pedimos en el vagón restaurante.

Ginebra fue el primer alto en el camino. Todavía en la estación sacamos unos cuantos francos-suizos para gastar. Cuando nos topamos con la realidad del país, cuyos precios se asemejaban más a un número de teléfono que a un valor económico, nuestros gastos no pasaron de comprar una barra pan y un poco de embutido barato.

Gastamos el día entero en trotar por la ciudad. El buen tiempo seguía persiguiéndonos y pudimos disfrutar de largos paseos por el *Lago Lemán* y de su impresionante *Jet D'eau*, una fuente que escupía agua a 140 metros de altura. La escasez de dinero, mejor dicho, la imposibilidad de hacer frente a los precios suizos, nos llevó al *Museo del Reloj Patek Phillipe*, cuya entrada era gratuita. Tras veinte minutos de visita descubrimos que la entrada no solo no era gratuita, sino que costaba quince francos-suizos por cabeza. O lo que era lo mismo, todo nuestro basto presupuesto de comida. Fin de la visita.

Alrededor de las ocho de la tarde cogimos el tren destino a Berna, la capital. Dos horas y cuarto después estábamos en el *Camping Platz Eichholz*, en la orilla del

río *Aar*. Cenamos una lata de sardinas cada uno. El día siguiente empezó con un desayuno ligero y una ducha fría a manguerazos, que, si bien no era del todo higiénica, hacía que tu circulación sanguínea viajase a la velocidad de la luz por tus venas.

La ciudad amurallada de Berna y el casco histórico eran una verdadera maravilla. Y si cogías un poco de perspectiva desde el *Rosengarten* y mirabas esa alfombra abrupta de tejados de piedra, te catapultabas al medievo de inmediato. Pero el tren esperaba en la estación de *Bahnhof Bern* y le tocaba a nuestro compañero de fatigas remolcarnos a Zürich. La ciudad financiera en la que pagar un zumo de naranja, suponía para dos jóvenes bohemios, pactar qué órgano vital debíamos dejar en cuenta.

Allí la lluvia nos asaltó por primera vez en el viaje. Parapetados con chubasqueros del tamaño de una carpa circense para poder cubrir los macutos, deambulamos por la metrópoli y el lago. El tiempo no era halagüeño y decidimos partir a Austria. Nuestro tren llegó a las cuatro y media a la estación austríaca. Hacía frío, mucho, visualicé mi estampa al amanecer con el mismo rostro impertérrito del Jack Nicholson del final de *“El resplandor”*. Pero un pequeño cubículo en mitad del andén, asediado de sillas con la tela raída, nos hizo las veces de refugio para los viajeros sin techo. Intentamos dormir, pero la sensación de ser asaltados y acuchillados – en ese orden – era real vistos los estrambóticos tipos que allí pernoctaban, claramente sacados de una rueda de identificación. Caminamos entonces a través de la noche y horas después pudimos conocer, al fin, una cama.

Salzburgo era una bonita ciudad cuyo hilo musical corría a cargo del genio Mozart. Fueses donde fueses sentías sus sinfonías, su música de cámara y óperas revoloteando por el aire, y aquello te daba una extraña sensación de tranquilidad y vértigo al mismo tiempo difícil de explicar. Allí tomamos nuestra primera cerveza. Fue una a compartir a sorbos. No teníamos los suficientes chelines como para multiplicar por dos aquel ansiado néctar. Hacía sol, al menos.

Otro día más a la memoria.

Otro parche decorando nuestros macutos.

Otro tren que nos daba la bienvenida a sus entrañas para dejarnos en la capital: Viena. Llegamos pronto, rondaban las diez, y fuimos lo suficientemente

avispados como para dejar las mochilas en las taquillas de la estación *Wien Hauptbahnhof*. Chicos listos, pensamos.

Viena era como Salzburgo, pero en proporciones casi bíblicas. Cada edificio era una muestra de la inusitada capacidad humana para dar salida a los fabricantes de mármol. Nuestra cámara de fotos – de carrete manual – immortalizaba cada esquina, cada calle, cada fachada inundada de estilo *rococó*. Una vez más, mi cinefilia surgió y me llevé a Fiz a visitar el parque de atracciones del *Prater*, con el fin de montarnos en la noria gigante mostrada en la película “*El tercer hombre*”. Estar en ese compartimento icónico en las alturas me hizo sentir un poco Orson Welles. Creímos que la experiencia duraría unos minutos, cuando pasó media hora sin señales de movimiento descendente, empezamos a sospechar que el encargado habría muerto. No fue así. Sólo era vago.

Esa noche no había hueco en el albergue correspondiente por lo que nuestros huesos dieron a parar en el *Monumento a los Héroes del Ejército Rojo* en la Karlplatz. Y ahí, en su base nos enroscamos como zorrillos para combatir la gélida noche vienesa. Poco duró nuestro sueño, pues fuimos avistados por sendos policías con ganas de arrestar a alguien.

Lo último que recuerdo de esa noche fue que corrimos mucho por el Belvederegarten hasta darles esquinazo – otro recuerdo de *El tercer hombre* y la huida de Harry Lime -. Fiz y yo acabamos paseando extasiados por la vieja ciudad de madrugada, perfectamente alumbrada con misterio romántico, por la que navegaban las notas de un violín solitario, tocado por el *luthier* Johan Sonng desde un pequeño sótano. Esa imagen bucólica, casi irreal, nos sirvió para mecernos en un banco callejero.

Cuatro países ya decoraban nuestros gigantescos hatillos. Y un nuevo tren nos aguardaba al día siguiente. Nuestra relación con aquel caballo sobre raíles ya empezaba a consolidarse. Cruzamos durante casi cinco horas – hicimos cerca de doce paradas vertiginosas, con el tiempo justo para dar un par de bocanadas a un pitillo - la República Checa para toparnos con su estrella protagonista: Praga. Destino turístico por excelencia y cuna de Kafka. Para nosotros fue una salida del itinerario por lo que no teníamos pactado albergue. No llevábamos ni diez segundos en la estación cuando nos asaltó un joven llamado Svec, y nos ofreció una casa en pleno cogollo urbano, a un precio sospechosamente asequible. Algo había raro en él,

pensamos. Pero pocas opciones de dormir teníamos, y acabamos aceptando su propuesta y subiendo a su coche de claro corte postcomunista. Al fin y al cabo, éramos dos contra uno. A no ser que nos llevase a un descampado donde le esperasen sus secuaces; en ese caso, éramos dos contra el suelo.

Una sensación de felicidad inusitada nos inundó cuando vimos el flamante piso que habíamos contratado: espacioso, limpio, céntrico, camas mullidas, olía a casa... Si había truco no se dejaba ver. Esa noche decidimos sacar varias coronas checas y quemar la noche. Lo hicimos. Cada uno con una cerveza en la mano. Primer brindis de muchos. Nos lo habíamos ganado.

A la mañana siguiente amanecimos en nuestro gran apartamento. Fui al baño aún somnoliento, corrí la cortina de la ducha y descubrí un tendedero plagado de ropa interior masculina, cuyo tamaño no era inferior al de una sábana bajera. Me acerqué escamado a Fiz, que seguía en los brazos de Morfeo y se lo hice saber. Él respondió que serían de los antiguos inquilinos. Era una posibilidad. Pero todo se aclaró cuando me topé de bruces en el pasillo con un hombre ruso, cuya fornida complexión encajaba a la perfección con las prendas de la ducha. Ahí estaba el truco: vivíamos en una habitación de la casa de otros. No sabíamos qué hacer, le dijimos algo en inglés y nos respondió con un magnífico eructo con un perfecto deje eslavo para luego perderse por una puerta, cuyo destino nunca quise descubrir.

Una vez destapado el enigma el día transcurrió con normalidad, o con toda la normalidad que uno puede tener sabiendo que tus pertenencias están en el hogar de un matrimonio adorador de Joseph Stalin. Puede que incluso familia política. Dejamos un carrete de fotos para revelar al día siguiente y nos dejamos seducir por la belleza arquitectónica del castillo, la catedral, el puente, el reloj astronómico y la plaza de la Ciudad Vieja. Volvió la noche y con ella las ganas de fiesta. Más brindis. Nuestros bolsillos sonreían por primera vez.

Eran las nueve de la mañana cuando nos despedimos de los dueños que salieron a decirnos adiós con un cálido silencio. Les dimos las gracias por todo, ellos soltaron algo en ruso que nunca llegué a traducir. Pero a tenor de sus gélidos rostros y el tono seco de sus palabras, supuse que no fue: "Volved pronto".

Me dejé el reloj olvidado en la mesilla. No me atreví a volver.

Antes de ir a la estación *Praha hlavní nádraží*, fuimos a recoger las fotos. Pero la tienda había quebrado en apenas veinte horas y nuestro carrete acabó siendo

ofertado en el mercado negro de Bohdalec. Deseé que pagasen bien por mis recuerdos. Quiero pensar que mi foto decora una nevera checa o se expone como imagen anónima en una tienda de marcos.

Llegamos al tren apurados, la incesante lluvia checa nos había retrasado más de la cuenta, pero por fin estábamos en dirección a Berlín. Nuestro querido aliado mecánico nos llevó por las vías germanas, deteniéndose en Dresde para amenizarnos el trayecto. Cuatro horas y cuarenta y siete minutos de calmado y relajante viaje ferroviario. Cuando llegamos al albergue, situado en el distrito de *Friedrichshain*, no supimos discernir si estábamos en un local juvenil, o en el caserón de la colina de Norman Bates. El aspecto tétrico, de suelos crujientes y puertas chirriantes nos invitaba a salir a la calle durante muchas horas con el propósito de no volver jamás. Aún con todo Berlín era una ciudad amable, accesible, llamativa... Desgastamos las suelas de caminar por su extensa propuesta turística: la puerta de Brandemburgo, el Tiergarten, los restos del muro, Checkpoint Charlie, Postdamer Platz... Sólo una vez cogimos un autobús para desplazarnos. Nos llevó a cocheras a varios kilómetros del *zentrum*. Supimos ahí que nuestro medio de locomoción sólo debía ser sobre raíles, ahí nos sentíamos confiados. Y menos tontos.

Más tarde quisimos conocer el espíritu de la noche y nos dejamos caer por Orangerburger Strasse, donde el asfalto cobraba vida. Animados por unos berlineses bien nutridos de *Jägermeister*, acudimos a un local clandestino al que se accedía por una alcantarilla. Bajamos unas escaleras y entramos en una suerte de bar *punk* que, pese a mis primeros pensamientos, no estaba regentado por seres mutantes. Fue una velada peculiar, la música tronaba en las paredes perfectamente decoradas con grafitis y chicles, y el único incidente de riesgo fue cuando traté de seducir a una chica que luego resultó ser el cantante de la banda de heavy metal *Mein Mörder*. Corrí por las alcantarillas adelantando a todo tipo de roedores. De nuevo me sentí "*El tercer hombre*".

Amaneció el 30 de septiembre. Tocaba dejar Berlín y volver a encontrarnos con nuestro viejo amigo el tren. En nuestro haber ya muchas experiencias y pasos, por lo que buscábamos un destino de tranquilidad. Nuestro compañero quiso que acabáramos en la estación de Bamberg, a 400 kilómetros. Un pequeño pueblo recién sacado de un cuento infantil bávaro que tuvo a bien acogernos y proporcionarnos la mejor cama jamás catada por nuestros maltrechos cuerpos, en el coqueto Hotel

Buckertstof. Los paseos bucólicos dieron buena cuenta de una fugaz escapada que colmó satisfactoriamente nuestras ansias de paz. Había que coger energía sobrehumana pues la siguiente estación no sólo era Múnich...

Era la *Oktoberfest*.

A las 08:42 llegó el tren a la *München Hauptbahnhof*. Le dijimos adiós – sin motivo aparente, mucha excitación y sed - esperando verle en dos días y corrimos con los macutos al albergue de rigor. Cruzamos a toda velocidad la Marienplatz, cogimos el metro y nos plantamos en el campo de Theresienwiese poco antes de las diez, donde un ejército de carpas circenses y cerveceras colapsaba el paisaje silvestre. Nos acoplamos en una de las gigantescas mesas de madera y pedimos dos cafés. Nos sirvieron dos cervezas de litro. Entendimos la jugada. Y sonreímos.

Durante incontables horas estuvimos ahí sentados, hablando en inglés con todo tipo de especímenes que se intercambiaban en los asientos. Las camareras, ataviadas con el traje tradicional traje *Dirndl*, paseaban cargadas de jarras hasta los topes y bandejas de carne y *currywurst*, mientras una banda de polka animaba el festejo. Nuestro presupuesto empezaba a escasear, pero aquello no fue un problema. Los ebrios comensales se apiadaban una y otra vez de Fiz y de mí, de dos nómadas españoles con tan poco dinero que debían liarse el tabaco en billetes de metro, y nos pagaron todo el líquido que un hígado humano podía digerir antes de estallar como el zepelín Hidenburg. Pero tanta bebida invitaba a la siesta, lo malo era que si nos levantábamos corríamos el riesgo de perder el tan codiciado sitio que había que defender a ultranza. Decidimos hacer turnos. El primero en gozar las mieles del sueño fue Fiz. Se fue a las 16:23. A las 19:50 todavía no había vuelto. Iba a llamar al Departamento de Personas Desaparecidas, a la Interpol o directamente a sus padres para que lo borrasen del testamento, cuando asomó al fin.

- Me he quedado traspuesto – se excusó bostezando como un oso tras salir del letargo invernal.

- Traspuesto y sin amigos, sí – dije en tono inquisitorio. Luego supe que no dije eso, sólo lo abracé como quien abraza a un hijo recién llegado de la guerra.

A la mañana siguiente cogimos un tren al campo de concentración de *Dachau*.

Dos horas después estábamos de vuelta en la Oktoberfest. El presupuesto global de marcos alemanes no nos permitía excedernos más allá de un *kebab* para todo el día. Pero teníamos tanta hambre que los engullimos sin apenas masticar. El

resto de la jornada nos dedicamos a salivar cada vez que veíamos una bandeja de salchichas *bratwurst* del tamaño de un cayado acompañadas de *kartoffeln*. Esa noche tocaba viaje nocturno a Ámsterdam. El sonido agonizante de nuestras tripas se fundía con el rugir del tren.

Aquel trayecto, a todas luces el más largo que hicimos – casi nueve horas –, fue al mismo tiempo el que más disfrutamos. Compartíamos un minúsculo compartimento con seis viajeros, donde primaba el buen rollo y la falta de oxígeno. Fiz y yo salimos de aquella ratonera para indagar por las entrañas del tren en mitad de la madrugada. Cuando llegamos a Colonia nos metimos en un vagón reservado para controladores aéreos. Era clase alta, todo para nosotros, ni un alma. Así que decidimos apropiárnoslo. Lo peor que nos podía pasar es que nos mandasen de vuelta al camarote de los hermanos Marx.

Fueron cuatro horas mágicas, de silencio y soledad, despanzurrados en cómodas butacas y gozando de las virtudes de tener una identidad falsa. Aquel tren nos mimó. Supo de nuestras necesidades y pesadumbres, y nos otorgó el don de caer en picado en el sueño de Morfeo.

Nuestro albergue de Ámsterdam estaba situado en pleno Barrio Rojo, una famosa área conocida porque las mujeres se exponen en vitrinas desde el siglo XVII, y desde fuera parecía un buen lugar. Dentro era poco menos que un barracón de los que vimos en Dachau. Cuarenta literas arremolinadas y un único baño a compartir. Mi vecino de arriba era un polaco de Katowice con un aliento a vodka capaz de fundir el acero. El de Fiz era un serbio con varios tatuajes de Lucifer.

La famosa urbe holandesa nos tendió la mano para degustar sus grandes éxitos: el museo de Van Gogh, los canales, la plaza Dam, el mercado de las flores... Todo ello visto con el GPS que se usaba en la época: chuparte el dedo para saber por dónde sopla el viento y sanseacabó. Ya con la caída de la noche, y siendo sábado por aquel entonces, nos dejamos querer por la agitada y juvenil vida nocturna. Unos italianos tuvieron la gentileza de sugerirnos un local apartado que acabó siendo la sede central de los *Village People*. Intentamos buscar otros lugares aptos a nuestros bolsillos, pero ahí Ámsterdam nos la jugó y pretendió que gastáramos nuestros pocos florines en pagar cifras astronómicas sólo por entrar. No caímos en la trampa y volvimos al albergue. Eran las tres de la mañana, y el albergue no reabría hasta las siete. Empezó a llover. Se levantó viento. Y ahí estábamos Fiz y yo, sin resguardo

alguno, parapetados en las puertas de la Iglesia de Oude Kerk y soñando que dormíamos calientes junto a un polaco borrachín y un serbio de corte satánico.

De Ámsterdam fuimos en tren a Róterdam en apenas cuarenta minutos, básicamente lo que tardamos en colocar los grandes macutos en los estrechos compartimentos. Allí yo tenía un amigo de Erasmus. Mario Díaz vivía en un edificio con otros estudiantes internacionales y tuvo la amabilidad de darnos cobijo gratis. Enfrente de su casa había un bar llamado *Easy Café*, en Claes de Vrieselaan, 113. Un antro lleno de una fauna digna de un número del *National Geographic*: un marinero portugués, una camarera mofletuda, un perro Gran Danés junto a la chimenea, un finés jugando solo a los dardos y un cariacontecido holandés con la mirada clavada en su *Pilsner* mientras barajaba diversas formas de suicidio. Claramente ése sería nuestro centro de mando.

Tras pasear por el *Europoort*, el puerto más grande de Europa, y fusilar a fotos las *Kubuswoning* (Casas Cubo), volvimos al cuartel general y pronto nos hicimos los amos del lugar. Escuchamos las historias del viejo marino, le tiramos cacahuetes al perro, jugamos a los dardos con el finés... Entonces Neske, la camarera, sacó del mostrador un ron austríaco de 80º que respondía al nombre de *Ströh*.

Hoy en día recuerdo que tomé dos tragos y no noté nada. Fui al piso de Mario a coger la cámara de fotos para dios sabe qué. Y que al cerrar la puerta partí la llave en la cerradura. El *Ströh* empezaba a actuar. Volví al bar y, henchido de una osadía sólo vista en los *kamikazes* japoneses de la Segunda Guerra Mundial, decidí tomarme un tercer chupito para, cinco segundos después, desplomarme inconsciente en la barra. Desperté hacia las cuatro de la mañana en el felpudo de casa de Mario. Estaba solo, sin recuerdos. Salí a la calle sin darme cuenta de que la puerta del portal se cerraba tras de mí. Entonces ya estaba solo, sin recuerdos y perdido en la noche neerlandesa. Pedí ayuda por el telefonillo, pero de mi boca manaba un dialecto sólo comprensible para un *bigfoot*. Me tambaleé sin rumbo y, misterios insondables de la vida, acabé tropezándome con Fiz y Mario que volvían de una fiesta Erasmus. Volvimos a casa juntos y dormimos incómodamente los tres en el felpudo.

A la mañana siguiente retornamos al *Easy Café*. El ambiente lánguido del día anterior nada tenía que ver con la felicidad y la algarabía que se respiraba. Hasta el hombre depresivo sonreía mostrando una pasmosa falta de dentadura superior. Una foto de todos sosteniéndome la cabeza sobre la barra formaba parte de la nueva

decoración. Había mejorado la existencia a ese hatajo de seres grises y unicelulares a costa de casi perder la mía. Cosas del *Interrail*, me dije. Y, ciertamente, me alegré de pensarlo.

Volver al tren fue un bálsamo. Era como reencontrarte con un viejo conocido que también se alegra de verte. Me senté en el vagón 4 y dejé que mi compañero ferroviario me sumiese en un estado letárgico. Atrás dejamos la nebulosa ciudad de Róterdam para traquetear a través de la frontera, hasta la estación de *Brussel-Centraal*, en Bélgica. Rondaba ya el 7 de octubre por aquella fecha.

Las piernas ya empezaban a flaquear, los macutos cada vez se hacían más pesados y fantaseábamos constantemente con tomar un pincho de tortilla y un botellín. Una especie de patriotismo gastronómico nos invadió en tierras belgas. Pero hicimos un acto de rebeldía contra esos pensamientos jadeantes; íbamos a exprimir hasta la última gota que nos quedase, aunque nos fuese una lumbalgia en ello. Y en esa decisión estábamos en el albergue, cerca de la *Gare Central*, cuando nuestro compañero de habitación australiano, un tipo de porte surfero y olor a indigente, pensó que mezclar güisqui barato y cola de marca blanca en el nauseabundo lavabo de la habitación era una buena idea. Visto aquello salimos a todo gas a la calle pensando que dormíamos con un demente. Jamás probé aquel brebaje, pero supe que las tuberías del albergue acabaron más limpias que nunca.

Bruselas era sencilla de pasear, lo cual nos ayudó para mitigar nuestra fatiga. Deambulamos por la Grand Place, el Atomium, el Palacio Real y vimos al diminuto Manneken Pis disfrazado de cosmonauta por no sé qué fiesta popular flamígera.

Comimos *moules et frites* en Chez Leon. Y todavía sacamos tiempo para escaparnos en tren a Brujas, en apenas una hora, y así poner más color en nuestra visita a Flandes. Canales por doquier cruzados por pequeños puentes fotogénicos y una horda de orientales sobre ellos; con razón es conocida como “la Venecia del norte”. Volvimos en tren de noche a Bruselas. El australiano no estaba, supusimos que ya estarían haciéndole un lavado de estómago.

Los dos días siguientes los invertimos en conocer Amberes y Gante. Viajamos por supuesto en tren. A esas alturas de odisea estaba convencido de que podría conducir uno yo solo. Por suerte no tuve que demostrarlo, porque lo habría sumergido en el Mar del Norte. El viaje por las profundidades de Europa empezaba

a agotarse, pero aún nos quedaba una última parada en el camino: París. La ciudad de la luz. La guinda del pastel. El clímax del tercer acto.

Un penúltimo tren nos acogió en la estación y nos mandó, en apenas dos horas, a través del norte de Francia para disfrute de nuestros cansados ojos. Llegamos a la *Gare del'Est* sobre las tres de la tarde y nos alojamos en el albergue *Peace & Love* en el Distrito XIX. Teníamos la habitación en el cuarto piso al que se accedía por una minúscula escalera de caracol apta para gente con el diámetro corporal de un náufrago. El sitio estaba limpio – al menos a la luz normal y no a la ultravioleta – y era solo para nosotros dos, cosa que agradecemos.

- París es demasiado grande para hacerla a pie – nos dijo un gendarme.

Omitimos el sabio consejo, estábamos muy curtidos ya como para flaquear y perdernos la deliciosa superficie por ir en metro. Las suelas estaban gastadas, los pies hinchados, pero había que seguir. Se lo debíamos al viaje.

Nos lo debíamos a nosotros.

Subimos a la colina de Montmatre, bajamos al Jardin des Tuileries, cruzamos el Pont Alexandre III para visitar el Musée D'Orsay y ver con mis propios ojos una de mis obras predilectas: "*La balsa de la medusa*" de Géricault. Paseamos por la zona de Sant-Germain-dés-Prés y el Quartier Latin. Visitamos la Île Saint-Louis y nos maravillamos con las vidrieras de la Catedral de Saint Étienne. Miramos desde abajo la Tour Eiffel y la ciudad desde lo alto del Arc De Triomphe. Comimos un bocadillo de queso *brie*. Nos perdimos en el Louvre entre la zona de arte renacentista y la cafetería de estilo *Rodilla*. Nos dormimos en la Fontaine Médicis. Y acabamos dando un cinematográfico paseo nocturno por la orilla del Sena, donde la chavalería se reunía en la oscuridad para dar rienda suelta a *l'amour*, al queso y al vino.

Cuando volvimos al albergue, agotados y felices, nos topamos con un marsellés durmiendo en el suelo de la habitación. Olía a coñac, a tabaco y Eau de Mugre. Pese a nuestras sutiles patadas no se despertó, quisimos bajar a protestar, pero los cuatro pisos de distancia nos borraron la idea de golpe. Dormimos acunados por sus sonoros ronquidos de *tempo* perfecto.

Durante dos días París flirteó con nosotros, mostrándonos todas sus virtudes y sus rincones más secretos. La última mañana, con los macutos clavados en el espinazo, dimos una vuelta por el Canal St. Martin hasta la estación *Gare Du Nord*. Ahí estaba él, nuestro idolatrado tren, el tercer amigo, con los brazos abiertos del

vagón 7, dándonos una postrera bienvenida. El viaje de vuelta fue largo y la mayor parte del tiempo Fiz y yo íbamos en silencio. Un cúmulo de sensaciones contradictorias nos invadían. Queríamos regresar, pero a medida que nos alejábamos, más ganas teníamos de quedarnos. Como un actor cuando abandona el escenario en una última representación. O como el anciano preso Brooks de “Cadena perpetua”, que tan pronto cata sol, ya quiere volver a la sombra. Esa sensación.

Tras muchas horas ahogados en nuestros recuerdos – felices todos ellos – llegamos a la *Estación de Chamartín*. Bajamos al andén, lanzamos una última sonrisa al ferrocarril en señal de agradecimiento y subimos a la calle. Vimos un bar, nos miramos sin decir nada. Dejamos los macutos al pie de la barra. Y fue entonces cuando Fiz dijo:

- Dos pinchos de tortilla y dos botellines, por favor.

Los degustamos con verdadero placer.

- Son 300 pesetas – nos dijo el camarero mientras movía un palillo en la boca.

Al palparnos los bolsillos sólo reunimos chelines austríacos, marcos alemanes, coronas checas, francos franceses, belgas y suizos, un vale descuento en cerveza de la Oktoberfest, la tarjeta de una masajista del Barrio Rojo, varios billetes de metro usados, un trozo de kebab berlinés y una nota de la gente del Easy Café. Parecía emotiva, pero el holandés no es de mis fortalezas idiomáticas. También encontré el reloj que creí perdido en Praga.

Sonreímos un momento al recordar la odisea vivida.

Miramos al camarero, cogimos los macutos y salimos corriendo.

Nadie nos perseguía. Y supimos que habíamos vuelto a casa.